

Revista internacional de Teología

CONCILIUM



318

NOVIEMBRE • 2006

LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS

A. Torres Queiruga, L. C. Susin y J. Sobrino (eds.)

P E R S P E C T I V A S G L O B A L E S

evd

editorial verbo divino

Avda. Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra)
2006

CONTENIDO

LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS

A. Torres Queiruga, L. C. Susin y J. Sobrino: *Editorial* 7

1. *Lo común religioso*

- 1.1. Karl-Heinz Ohlig: *La muerte y su "superación"*
religiosa en la historia de la humanidad 15
- 1.2. Diego Irarrazaval: *Morir y resucitar en una tradición
popular* 27
- 1.3. Marcella Maria Althaus-Reid: *Duro de morir:
Lecciones procedentes de las crucifixiones populares
y las resurrecciones indisciplinadas en Iberoamérica* . 37

2. *La visión específicamente cristiana*

- 2.1. Senén Vidal: *La resurrección en la tradición israelita* . 49
- 2.2. Giuseppe Barbaglio: *Jesús resucitado, "prímula"*
de la resurrección en la que todos participamos 59
- 2.3. Thomas Schärtl: *Pensar en la resurrección.
Cuestiones metafísicas de fondo* 69

3. *La resurrección en la vida actual*

- 3.1. Jürgen Moltmann: *Resurrección de la naturaleza.
Un capítulo de la Cristología cósmica* 85

3.2. Márcio Fabri dos Anjos: <i>La resurrección como el proceso de una nueva vida</i>	95
3.3. Jon Sobrino: <i>Ante la resurrección de un crucificado. Una esperanza y un modo de vivir</i>	107
3.4. Andrés Torres Queiruga: <i>Resurrección y liturgia funeraria</i>	119
3.5. Pedro Casaldáliga: <i>Yo creo en la Resurrección</i>	131

Conclusión

Luiz Carlos Susin: <i>Resurrección: el corazón de la vida y de la fe</i>	137
--	-----

Documentación

Rafael Lara: <i>Migración desde África a España</i>	145
Alberto Pulido: <i>Migración desde las Américas y el Caribe</i> ..	151

EDITORIAL

Hablar de resurrección es hablar de tradición bíblica, y muy especialmente de la cristiana. Cristo es el Resucitado por excelencia. Hasta el punto de que no es infrecuente encontrar en esta proclamación la marca más específica del cristianismo. La resurrección es, en efecto, su manera de afrontar una de las grandes preguntas de la humanidad, acaso *la* pregunta: ¿qué será de nosotros tras la muerte, qué nos espera o qué esperamos tras ese oscuro e inexorable abismo? Y ¿qué consecuencias tiene para nuestra vida presente el responder de una manera o de otra?

Se comprende que la resurrección se haya convertido en una de las grandes tareas de la teología actual. De ocupar unos párrafos, o con mucho unas breves páginas, en los manuales, su estudio se ha multiplicado en número y extensión. De estar reducida a un “milagro”, acaso el más grande y espectacular, pero en definitiva un acontecimiento en el mundo usado como un “motivo apologético”, ha pasado al centro de la Cristología y ha empezado a ser considerada verdaderamente en sí misma, en su significado intrínseco y en su potencialidad renovadora de la vida y de la historia. En consecuencia, se han multiplicado los artículos, las monografías y los congresos que tratan de renovar y enriquecer su comprensión. Un cambio que conviene saludar con gozo y esperanza.

Sin embargo, no cabe considerar acabada la tarea. Ha habido un gran avance tanto en el enfoque general y en la conciencia de su importancia como, sobre todo, en el estudio de los detalles históricos y exegéticos. Pero, vista con cierta perspectiva histórica, la transformación es todavía muy reciente y, encima, ha sido lastrada con fuer-

tes resistencias, temerosas de que la renovación *en el modo* de comprender acabase con el *contenido* mismo de la verdad: que la *teología* se convirtiese en una amenaza para la *fe*. El peso mismo de una tradición venerable y a veces incluso la inercia de las rutinas teológicas han hecho que no se hayan aprovechado todavía con suficiente profundidad y consecuencia ni las contribuciones de los estudios exegéticos e históricos ni los avances de una hermenéutica profundamente renovada.

En consecuencia, queda todavía abierto un amplio espacio para la reestructuración de los esquemas imaginarios y de las formulaciones conceptuales dentro de la presente configuración cultural, teniendo sobre todo en cuenta tanto la profunda ruptura de la Modernidad como el encuentro, cada vez más intenso y efectivo, con las demás tradiciones religiosas. Este número de *Concilium* –igual que lo habían hecho otros, como el 249 (1993/5), editado por Hermann Häring y Johann-Baptist Metz, y el 236 (1991/4), editado por Johan B. Metz y Edward Schillebeeckx– intenta contribuir a esa tarea, común y abierta, de auténtica actualización.

Urge, en primer lugar, aprovechar la superación del fundamentalismo bíblico, vencido en principio tras una larga y dura resistencia desde sus tímidos comienzos en el siglo XVII, pero que en la práctica teológica no ha dado todavía todos sus frutos. El carácter de las narraciones, escritas por testigos que no presenciaron los primeros acontecimientos ni llevaron a cabo las primeras reflexiones; su elaboración tardía y geográficamente alejada; su interés no directamente histórico, sino kerygmático y catequético para alimento de la *fe*; su lenguaje simbólico, unido a la inconciliable discrepancia en los tiempos, personas y lugares, obligan a una relectura que más allá de la *letra* intente recuperar el *espíritu*, la intención profunda que las anima. Se trata, en definitiva, de narraciones *teológicas* que testimonian una honda experiencia de *fe*, expresada con los recursos lingüísticos, imaginarios y conceptuales de que disponían en su tiempo.

No se trata, pues, de sentirse prisioneros de una letra que merece toda nuestra atención y respeto, pero cuyo mensaje auténtico no puede ser salvado basándose en acomodaciones formales o retoques superficiales. Lo que se pide es un decidido vuelco hermenéutico, que intente rescatar el “mundo” (Ricoeur) abierto por los textos, abandonando la fascinación de seguir tomándolos como “narraciones” de episodios reales. Esto, que deberá reconfigurar un imaginario largamente educado y modelado por narraciones literarias y representaciones iconográficas, ayudará a liberar la reflexión para que pueda concentrarse en los problemas y las consecuencias fundamentales.

De ahí que el número se inicie con un encuadramiento de la resurrección en el marco general de la historia religiosa y aun cultural de la humanidad. Hoy sería imperdonable descuidar la preocupación por el diálogo con las demás religiones. La nueva receptividad para sus tradiciones (y sus culturas) mantiene viva la necesidad de incluir la resurrección en el *humus* de lo “común religioso” de la humanidad, evitando el peligro de considerarla como una especie de “aerolito”, que carecería de inteligibilidad por falta de verdadero enraizamiento en lo *humanum*. Además, de ese modo el diálogo se hace realmente fraterno y constitutivamente abierto, tratando no sólo de conocerlas, sino también de aprender de ellas aquellos aspectos que sólo desde su cultura y su tradición resultan captables en ese hondo misterio que Dios está desde siempre tratando de revelar a todos. En este número de *Concilium* sólo será posible estudiar unas pocas, pero podrán servir de muestra y modelo para ulteriores estudios. En cualquier caso, se ha estimado conveniente no reducirse únicamente al diálogo con Grecia, pues hoy el diálogo no sólo con Oriente, sino también con las ancestrales tradiciones de África y América Latina, la única que aquí ha podido tomarse en cuenta, se ha hecho indispensable.

Dentro de lo común religioso, la visión específicamente cristiana, teniendo muy en cuenta los resultados de la exégesis actual, se centra en aclarar las líneas de fondo que marcaron el avance de la reflexión bíblica en su paso del Primer al Segundo Testamento. Se nos ha hecho cada vez más claro que en puntos cruciales la discusión exegética deja la cuestión de la facticidad histórica en *un non liquet*, que sólo podrá ser verdaderamente discutido teniendo muy en cuenta las opciones hermenéuticas de fondo, que a su vez remiten a la nueva situación cultural.

Por todo esto, tomar en serio la radical profundidad del cambio cultural se ha convertido en una preocupación principal. La reflexión teológica debe mantener hoy muy alta la alerta contra no sólo una visión ingenuamente biológica de la resurrección (por fortuna, casi unánimemente superada), sino sobre todo contra una concepción no suficientemente precavida frente a la tentación positivista, que tiende a interpretar como pruebas en definitiva “físicas” los relatos de aparición o del sepulcro vacío.

Lejos de poner en peligro la realidad de la resurrección, esta cautela subraya el *carácter trascendente* de la resurrección, que no rebaja, sino que subraya y confiesa la glorificación del Resucitado, su “exaltación”, que le eleva por encima de las limitaciones de las leyes empíricas, que lo aprisionarían en los estrechos límites del espacio y el tiempo. Justamente en ese carácter se funda la realidad y efectivi-

dad de su presencia universal, desde su identificación con el Padre en la fuerza de su Espíritu.

De paso, el problema de la “verificación” de la resurrección se sitúa en su verdadero plano, más exigente tanto epistemológica como religiosamente; pero libre de las trampas empiristas que, como en el caso del “jardinero invisible”, hace imposible la fe, al exigir injustamente pruebas físicas para una realidad trascendente.

Sólo así resulta posible un diálogo real y actualizado con una *cultura* que, con razón, considera irreversible el descubrimiento de la autonomía de las leyes naturales. Se comprende que tenerlo en cuenta constituye un presupuesto decisivo a la hora de estudiar el problema y delimitar el sentido de las narraciones acerca de las apariciones y del sepulcro vacío.

De ahí que la posibilidad misma del concepto de resurrección deba ser sometida a un cuidadoso examen, dada su íntima implicación en los problemas metafísicos y lingüísticos cuya dilucidación preocupa de manera intensa al pensamiento de nuestros días. Algo que, a un nivel más vital y primario, se refleja igualmente en la preocupación por descubrir –por decirlo así, *sub contrario*– nuevos modos y figuras de vivir la resurrección que se expresan en manifestaciones como las crucifixiones de protesta: más allá de posibles ambigüedades, ayudan a comprender el profundo realismo de la resurrección, tal como se ha manifestado en el destino del Crucificado-Resucitado.

Con esto converge la indispensable atención al aspecto práxico, que llama a insistir en la necesidad perentoria de situar a las víctimas en el centro de toda interpretación cristiana de la resurrección. Ante todo, para la verdadera y real esperanza en aquellos y aquellas a quienes la injusticia humana o incluso las circunstancias naturales unen más directa y dolorosamente al destino del Crucificado. Pero también para todos los demás, que sólo de este modo podrán *crear* sin mentira en la resurrección, iniciando ya en la historia una vida que, haciéndose comprometidamente solidaria de las víctimas, no desmienta sino que adelante en la vida presente la fuerza resucitadora del Señor. Ahí radica todo auténtico sentido crístico y cristiano que no quiera ser infiel a la decisiva lección del Nazareno. Al mismo tiempo, volviendo a las raíces, sintoniza con una de las más nobles preocupaciones de la reflexión actual sobre el sentido de la historia: “la nostalgia de que el verdugo no triunfe sobre la víctima”.

La dimensión práxica remite por sí misma a la preocupación ecológica y al alcance cósmico, tan presente en la insistencia cristiana en

la resurrección *de la carne*. Seres corpóreos y no angélicos, el hombre y la mujer viven y se realizan en estricta solidaridad con la naturaleza. La esperanza escatológica debe incluir de alguna manera misteriosa a la creación material, de suerte que la resurrección, lejos de todo escapismo, se convierte en dinamismo renovador y reconciliador de una tierra que a través del hombre participa también en “los dolores de parto” hacia la plenitud definitiva.

Plenitud cuya esperanza la Iglesia celebra de manera intensa y constante en cada muerte individual, que aparece iluminada por la resurrección de Cristo e indisolublemente unida a su destino. Liberada de la preocupación por lo milagroso y exclusivo, la resurrección presenta a Jesús como verdadero “primogénito de los muertos”, no en un mero sentido cronológico, sino en el más universal y profundo de revelación definitiva; es decir, de aquello que, en el fondo, “muchas veces y de muchos modos” el Dios de vivos estaba tratando de revelar desde el principio a través de la esperanza escatológica que, con mayor o menor claridad, se ha dejado y se deja sentir en todas las religiones.

Lejos de aguar o desdibujar la riqueza y aun la originalidad del concepto bíblico y cristiano de resurrección, los nuevos enfoques las confirman, iluminándolas desde las diferentes perspectivas que animan el trabajo de la teología actual. Trabajo solidario y no concurrente ni exclusivista, sino en intercambio fraternal con los aportes de las demás religiones y con lo más hondo de aquellas preocupaciones culturales que buscan nuevos caminos para el futuro de la humanidad. Una vez más, como en tantas ocasiones de la historia, el desafío del cambio, afrontado con honestidad y preocupado por la lucidez, no ahorra el esfuerzo y acaso la vacilación, pero puede convertirse en un auténtico *kairós*, que haga brillar con nuevos matices el luminoso misterio de la Pascua del resucitado.